

Sobre las Mejores Novelas Ecuatorianas

Eduardo Mora-Anda

* Embajador (s.p.), escritor y académico.

Hace no mucho tiempo, el crítico literario don Augusto Sacoto, guiado quizá por el afecto, señaló que la novela de Cárdenas «Polvo y ceniza» es la mejor novela ecuatoriana. Cuenca, y en general las provincias de Azuay y Cañar, siempre dieron notables escritores, de diverso calibre, claro, que sería largo enumerar, y Eliecer Cárdenas, con sus dieciocho o diecinueve libros y publicaciones, figura entre ellos. Conuerdo con quienes han destacado su persistente labor como escritor y han señalado sus virtudes como persona. Pero la aseveración de don Augusto Sacoto me obliga a hacer algunos comentarios sobre la referida novela.

Para empezar, la obra empieza con un dato históricamente falso. Cuenta el regreso al Ecuador del primer obispo de Loja José María Masiá y Videla, al que, por cierto, Cárdenas, sin conocimiento del personaje, lo pinta como un pobre clérigo de aspecto mugroso, sotana sucia, vientre colgante... (y) acento extranjero. A decir verdad, el venerable Obispo Masiá era un valeroso clérigo que fue perseguido por los gobiernos de Veintimilla y de Alfaro. Buscado para matarlo por la

gente de Abelardo Moncayo, Ministro de Gobierno (uno de los asesinos de García Moreno), Masiá al fin tuvo que huir al Perú, en donde murió el 15 de enero de 1902 (en Lima) y nada tuvo que ver con el bandolero Naún Briones, a quien se refiere la novela. Briones recién nació precisamente en 1902, en el pueblito de Cangonamá, y fue abatido en 1935 cerca de Sozoranga. Resulta entonces intemporal y absurda la admonición del Obispo al supuesto padre de Briones de que *ese muchacho está perdido; más le valiera no haber nacido*. El buen pastor que era Masiá nunca supo nada de Briones, porque este recién nació cuando el otro moría, y un sacerdote famoso por su bondad no le hubiera maldecido, sino que le hubiera enviado un recado para que se reformara.

El buen pastor que era Masiá nunca supo nada de Briones, porque este recién nació cuando el otro moría, y un sacerdote famoso por su bondad no le hubiera maldecido, sino que le hubiera enviado un recado para que se reformara.

El Obispo Masiá, virtuoso y consecuente, combatió ardorosamente contra el liberalismo anticlerical y el Estado laico y antirreligioso. Mereció un sentido homenaje de la ciudad de Loja el 25 de abril de 1902, en que se estrenó la Macha Fúnebre del músico don Aparicio Córdova e hizo uso de la palabra el rev. Benjamín Ayora. Es evidente que Cárdenas describe a la figura de Masiá con tintes prejuiciados y supuestos. Quizá ignoraba que la causa de beatificación de Masiá fue suspendida no porque le faltaran virtudes, sino porque se le acusó de abandonar su sede episcopal por huir de los sargentones alfaristas, pero, yo me he preguntado en mi libro «Hablarán los Días», ¿valía más un obispo muerto o un obispo vivo?

Segundo punto cuestionable del libro es el mito, tan difundido, de que Naún Briones robaba a los ricos para dar a los pobres. Briones era un abigeo y delincuente como otros, pero quizá un poco más famoso y temido. Hizo lo que solían hacer los bandoleros de la provincia: asaltar haciendas, saquear las casas y llevarse las reses para venderlas en el Perú. La idealización de Naún Briones se ha difundido mucho, pero él no era Robin Hood ni merece esa fama.

Como obra literaria la referida novela no me parece deslumbrante. Su estilo me resulta sobrecargado y, su lectura, por lo menos a mí, me causa esfuerzo.

Escrita con mucha pasión laboriosa, «Polvo y Ceniza» tiene a ratos un poco el hechizo de los vagos recuerdos brumosos que se respiran en «Pedro Páramo», esa gran novela de Rulfo, aunque el hecho de que el autor sea cuencano y la novela transcurra en una provincia tan especial como Loja,

Como obra literaria la referida novela no me parece deslumbrante. Su estilo me resulta sobrecargado y, su lectura, por lo menos a mí, me causa esfuerzo.

lleva a que su autor, a ratos, relate sin mayor precisión las costumbres, usos, dialecto y realidades locales, por más que Eliecer Cárdenas realizó un oportuno recorrido de investigación por la provincia de Loja y por el norte del Perú, tan vinculado a nuestra vida fronteriza.

Don Augusto Sacoto encomia como mérito la prosa de Cárdenas, *que lleva a un nivel poético*. Sin desmerecer su escritura, anotaré algunas frases. Pone como ejemplos: *los pastizales que alargan su verdor opaco hasta lamer los cimientos de la blanquísima casa*, u otro: *su fama se extendió, como un incendio de verano*. ¿Quiere escuchar prosa poética? Lea este párrafo escrito por mi padre, Eduardo Mora Moreno en su libro «Humo en las Eras»: *Todas las mañanas la zhulla (rocío) madrugadora le lava la camisa al campo. Cada hoja es un estuche. Sobre el prado brillan infinidad de aristas argentadas, como si en el mortero de la noche hubiera triturado las estrellas. (...) Las gotas, sobre la hierba, rien con los ojos niños de las esmeraldas...* O estas frases de «Barro Colorado», del escritor otavaleño Gustavo Alfredo Jácome: *Cada choza hiló desde la aurora tiernecita la hebra del humo (...). Las garzas colgaban en la brisa su lánguido vuelo de azúcar, mientras los bueyes, luego de calmar, a besos, su sed en la laguna, ascendían por las laderas, mugiendo como un lejano trueno de bonanza*. Y eso que no citamos la hermosa prosa de Gonzalo Zaldumbide, incluida en su «Egloga Trágica».

A decir verdad, Naún Briones murió en una cueva cuando era atacado por las fuerzas del coronel Morocho, cuyo hijo, con el apellido de Morozch o algo por el estilo, figuró como oficial del Ejército y ministro de uno de los gobiernos militares. Briones, abandonado por su gente, fue ubicado y acorralado por tropas enviadas por el presidente Velasco Ibarra (en su primera presidencia) y el bandolero resistió y disparó hasta agotarse, tanto que, según contaba mi padre, los testigos referían asombrados que encontraron que su cadáver tenía la mano muy hinchada y los tendones de la misma inusualmente recogidos, de tanto aplastar el gatillo...

A decir verdsad, los escritores ecuatorianos se han destacado más en el relato corto y el cuento que en la novela. En todo caso, me inclino a pensar que las mejores novelas ecuatorianas hasta la fecha son, sinduda alguna, «El éxodo de Yangana» de Angel F. Rojas, obra de hermoso estilo y proporciones épicas, la «Égloga trágica» escrita en un rico, original y hermoso castellano por Don Gonzalo Zaldumbide, y la «Isla Virgen», de Demetrio Aguilera

A decir verdad, Naún Briones murió en una cueva cuando era atacado por las fuerzas del coronel Morocho, cuyo hijo, con el apellido de Morozch o algo por el estilo, figuró como oficial del Ejército y ministro de uno de los gobiernos militares.

Malta, notable por el lenguaje claro y directo y el conocimiento del trópico. Dentro de las corrientes innovadoras, se puede citar también a «Bruna, Soroche y los tíos», de Alicia Yánez. Y yo añadiría a la lista principal a «Cumandá», de Juan León Mera, por su espléndido castellano y las maravillosas descripciones que tiene del paisaje, si no fuera porque su argumento es muy ingenuo y forzado y fácilmente nos trae a la memoria la absurda historia de «Atalá», de Chateaubriand.

Rendimos homenaje al escritor desaparecido, pero no queremos que se falsee la realidad histórica ni lo que tiene en su haber cada escritor y cada obra literaria.